

Jack London

## Fuerzas de mujeres

Traducción especial para ATENEA.

**U**NA cabeza de lobo, con ojos penetrantes y los párpados rojos por el frío, apareció entre las cortinas de la carpa.

—Hi! ¡Chook! ¡Siwash! Pedazo de demonio—gritaron los de adentro.

Bettes golpeó al perro con un plato de lata y lo apartó con fastidio. Louis Savoy bajó las cortinas, le dió un puntapié a una sartén y se calentó las manos. Hacía mucho frío afuera. El termómetro había llegado a 68 grados bajo cero, y desde ese momento el frío no había cesado de aumentar. No se podía decir hasta dónde llegaría ese frío trasminante. Pero si era grande el frío de afuera, adentro no había precisamente calor. El único artículo que podía considerarse como un mueble era la estufa y por esto los hombres eran francos en demostrar su preferencia por ella. En el piso habían puesto tablas sobre las que habían extendido las pieles para dormir, y abajo había nieve. El resto del piso estaba cubierto de cuero y salpicado de ollas y jarros y todo lo que se necesita en una tienda de campaña. La estufa estaba colorada y ardiendo, pero a no más de tres pies' había un trozo de hielo, tan entero que parecía recién cortado.

—Miren, hermanos—empezó Sitka Charley desde su asiento en la caja en que se guardaba la comida.—Ustedes han habla-

do de la flaqueza que muestran los músculos de los hombres grandes, de las fuerzas de las mujeres y del amor, y han hablado bien; pero yo recuerdo cosas que sucedieron cuando la tierra era joven y los hombres tenían el corazón ardiente. Fué entonces cuando traté a un hombre grande, pero que tenía su flaqueza, y a una mujer. La mujer era pequeña pero su corazón era más grande que el corazón de buey del hombre. Hicimos una jornada triste hasta Salt Water, y el frío era intensísimo, la nieve profunda y el hambre terrible. El amor de la mujer era un amor sublime: no puede concebirse nada más grande que él.

Se calló y con el hacha rompió pedazos de hielo del gran trozo que estaba a su lado. Estos los arrojó en la cacerola que, sobre la estufa, deshela el agua.

—Hermanos, mi sangre se tiñó de rojo en Siwash pero mi corazón es blanco. A las faltas de mi padre debo la primera y a las virtudes de mis amigos el otro. Era yo apenas un niño cuando conocí una gran verdad. Aprendí que a personas como a ustedes se les había dado la tierra, que Siwash no los podía sujetar y yo, a no ser por ustedes, habría perecido en el frío lo mismo que el oso. Así llegué hasta aquí, donde fui acogido con calor, y desde ese día fui uno de ustedes. He visto mucho en mi vida. He conocido cosas raras; he perseguido la fortuna en grandes viajes con hombres de muchas razas. Y eso me enseñó a pensar y a juzgar a los hombres por sus actos. Por eso cuando hablo severamente de la bondad de uno de ustedes, espero no lo tomarán a mal, y cuando alabo a uno de los de mi pueblo natal no dirán ustedes que «Sitka Charley es de Siwash y hay orgullo en sus ojos y algo de jactancia en su palabra». ¿No es así?

Cada uno de los que oían asentían en su interior.

—La mujer se llamaba Passuk. Hice un buen negocio al comprarla a su gente que era de la costa, y que tenía su casucha a orillas del mar. Yo no me enamoré de la mujer ni admiré sus encantos porque ella casi no levantaba sus ojos del suelo y era tímida y miedosa como esas niñas a quienes se las

arroja en brazos de un extraño. Como dije, no había lugar en mi corazón para complacerla porque tenía un gran viaje en perspectiva y necesitaba uno que diera de comer a mis perros y me ayudara a remar durante mis largos días de río. Una frazada nos cubría a los dos, por eso elegí a Passuk.

«¿Les he dicho que era un empleado del Gobierno? Si no lo dije es conveniente que lo sepan. Me embarqué en un buque de guerra con trineos, perros y alimentos en conserva, y conmigo fué Passuk. Fuimos al norte en el invierno por la orilla helada del Estrecho de Behring donde desembarcamos Passuk, yo y los perros. El Gobierno me dió dinero, porque era su empleado, y planos de tierras desconocidas y credenciales. Estas estaban selladas y protegidas cuidadosamente del tiempo, y tenía que entregarlas a los balleneros del Artico mandados por el gran Mackenzie. Jamás he visto un río tan grande, exceptuando nuestro Yukon, el padre de todos los ríos.

«Esto no tiene ninguna relación con mi historia ni tampoco con los balleneros ni con el tremendo invierno que pasé cerca de Mackenzie. Cuando llegó la primavera y los días se alargaron y había una costra de nieve, bajamos al sur, al país del Yukon, Passuk y yo. Era un viaje penoso, pero el sol nos indicaba el camino que debíamos tomar. Era, como he dicho, una tierra desolada y trabajamos contra la corriente con palo y remo hasta que llegamos a Forty Mile. ¡Qué alegría ver caras blancas de nuevo! Nos instalamos en la orilla y allí pasamos un invierno. La oscuridad y el frío cayeron sobre nosotros y con ellos el hambre. A cada hombre el agente de la compañía le daba cuarenta libras de harina y veinte de manteca. No había porotos. Los perros ladraban siempre y había estómagos secos y caras ojerosas de hambre. Y los hombres fuertes se debilitaban y los débiles se morían. Había también mucho escorbuto.

«Una noche fuimos a un almacén y los escaparates vacíos nos hacían sentirnos más hambrientos. Hablamos a la luz del fuego porque las velas las habían guardado para los que podían llegar a vivir hasta la primavera. Se originó una discusión y se dijo que un hombre debía ir hasta Salt Water a contar a los

demás la miseria en que se encontraban. Al decir esto, todos pensaron en mí, porque yo tenía fama de ser un gran viajero. «Hay setecientas millas a Haines Mission por la costa,—dije,— y cada pulgada cuesta un duro trabajo en la nieve. Déjenme elegir los mejores de sus perros y lo mejor de su comida y yo iré, pero conmigo irá Passuk».

«Con esto estuvieron todos de acuerdo, pero se levantó uno, Long Jeff, un yankee macizo y bien musculado y que era un farsante. Dijo que él era también un gran viajero, que había nacido en la nieve y que se había alimentado con leche de búfalo. Iría conmigo y en caso que yo pereciera en el camino, él podía llevar la noticia a la Misión. Yo era joven y no conocía a los yankees. ¿Cómo iba a suponer que un hombre tan grande fuera sólo un farsante y que los yankees cuando hacen grandes cosas las hacen en silencio? Entonces elegimos los mejores perros y la mejor de la comida y partimos los tres: Passuk, Long Jeff y yo.

«Bien, ustedes han andado por caminos rompiendo nieve virgen, trabajado con el palo de la nieve, y también están acostumbrados a andar en los ríos escarchados, por eso les hablaré poco del trabajo que hicimos. Algunos días anduvimos diez millas y otros treinta, pero más a menudo diez. La comida que llevábamos, con ser de la mejor, no era buena. De la misma manera, los mejores perros eran enclencles y nos costaba hacerlos andar. En el White River nuestras tres balsas eran ya sólo dos y no habíamos andado sino doscientas millas. Pero no perdimos nada, y los perros que se morían eran devorados por los que quedaban vivos.

«No encontramos a nadie ni vimos el humo de ninguna chimenea hasta que llegamos a Pelly. Aquí contaba con comida y contaba con dejar a Long Jeff, que fué quejándose todo el camino. Pero era porque los pulmones no le daban más; tenía los ojos brillosos y su mochila estaba casi vacía. Había un grupo de indios allá, pero no había niños ni viejos y se veía claro que pocos llegarían a la primavera.

«Así seguimos, con el estómago vacío y el corazón pesado con quinientas millas de nieve, y silenciosos. La oscuridad era

cada vez peor; a medio día el sol no dejaba ver ni una línea al sur, pero los trozos de hielo eran más pequeños, lo que facilitaba la marcha. Apuré los perros e hicimos una larga jornada. Como dije, en Forty Mile cada pulgada era de nieve y los zapatos nos hicieron grandes heridas, que criaban costras pero que no cerraban. Y cada día estas heridas eran más dolorosas. En la mañana, cuando nos poníamos los zapatos, Long Jeff lloraba como un niño. Lo puse en la parte de adelante de la balsa para que abriera el camino, pero se quitó los zapatos para sentirse mejor. Su delantal de cuero estaba agujereado y en sus hoyos los perros se escondían. Los huesos de los perros ya se quebraban a través de su piel y esto no era nada de bueno para ellos. Así le hablé al hombre duramente y él me prometió y no cumplió su promesa. Entonces le pegué con la huasca de los perros y después de esto los perros no lo hicieron más. Era un niño a pesar de ser un hombre gordo y de quejarse.

«En cambio Passuk, mientras el hombre se quedaba a la orilla del fuego llorando, cocinaba, y en la mañana me ayudaba a aiar los arneses y en la tarde a desatarlos. Y ella salvó a los perros. Siempre estaba lista levantando los zapatos y haciendo el camino fácil. Passuk... ¿cómo diré? Yo encontraba lo más natural que ella hiciera estas cosas y no pensaba más en ello porque estaba preocupado de otros asuntos y además era muy joven y sabía muy poco de mujeres. Fué sólo más tarde cuando vine a comprender.

«El hombre llegó a tal extremo que no servía para nada. Los perros ya no tenían fuerza, pero él aprovechó para irse en el trineo cuando se quedaba atrás. Passuk dijo que ella tomaría uno de los trineos, de manera que el hombre no tuviera nada que hacer. En la mañana le daba su buena parte de comida y lo encaminaba. Después la mujer y yo nos quedábamos deshaciendo la carpa y empaquetándola en los trineos y poniéndoles los arneses a los perros. Al medio día, cuando el sol se burlaba de nosotros, alcanzábamos al hombre, que tenía las lágrimas hecha hielo en sus mejillas, y lo pasábamos. En la no-

che armábamos las carpas, le dejábamos su buena ración de comida y tendíamos las pieles. También hacíamos un gran fuego que él pudiera ver. Y horas después llegaba cojeando y gimiendo, devoraba su comida y se ponía a dormir. Este hombre no estaba enfermo; estaba solamente cansado, débil y hambriento, y nosotros hacíamos todo el trabajo y él no hacía nada. Pero tenía la flaqueza de la cual nuestro hermano Bettles nos había hablado.

Un día encontramos dos fantasmas viajando a través del silencio. Eran un hombre y un niño blancos. El hielo abrió en el lago Le Barge una canal y por ahí se les había ido todo su apero. Cada uno llevaba una frazada sobre los hombros. Por la noche hacían fuego y se quedaban acurrucados a la orilla de él hasta la mañana. Tenían un poco de harina. Esta la desleían en agua caliente. El hombre me mostró ocho tazas de harina, que era todo lo que tenían para llegar a Pelly, que está doscientas millas más adelante, y me contó que un indio había quedado más atrás y que a este indio le habían pegado porque no quería seguirlos. Yo no creo que le hubieran pegado porque de ser eso cierto, el indio habría seguido con ellos. No pude darles comida. Intentaron robarme un perro, el más gordo, que estaba bastante flaco, pero yo les puse mi revólver al pecho y les dije que se fueran. Y se fueron como borrachos, a través del silencio, en dirección a Pelly. Tenía tres perros ahora y un trineo, y los perros eran sólo huesos y pellejo. Cuando había poca leña el fuego se apagaba en seguida y la cabaña se helaba. También nosotros nos helábamos. Comiendo poco el frío era más intenso, y nuestras caras heladas estaban negras hasta el extremo que nuestras madres no nos habrían conocido. Teníamos los pies muy heridos. En la mañana, al reanudar la marcha, me costaba retener un grito cuando me volvía a poner los zapatos. Passuk nunca abrió sus labios y partía adelante para abrir el camino. El hombre bramaba. Thirty Mile fué rápido. La corriente que pasaba bajo el hielo se llevaba grandes trozos de éste y abría grietas y hendiduras. Un día encontramos un hombre descansando, porque se había ido en la mañana

como era su deseo. Pero entre él y nosotros había agua. El hombre había pasado por una orilla de hielo demasiado angosta para permitir el paso del trineo. Por eso tuvimos que cruzar a pie el puente de hielo. Passuk pesaba poco y pasó primero con un gran palo cruzado en sus manos por si se quebraba el hielo con su peso. Pero era liviana y tenía zapatos grandes, y pasó. Entonces llamó a los perros, pero éstos no tenían palo ni zapatos, y se quebró el hielo y se sumergieron bajo el agua. Yo me tomé firmemente de la parte de atrás del trineo hasta que se abrió bien el hielo. Aunque los perros estaban flacos, esperaba que nos durarían una semana más.

«La mañana siguiente, dividí toda la comida, que era poca, en tres porciones y le dije a Long Jeff que si quería siguiera con nosotros, como le conviniera, porque íbamos a viajar muy ligero. Pero él alzó la voz y lloró. Habló de sus pies heridos y dijo cosas bien duras sobre la amistad. Los pies de Passuk estaban heridos y los míos también, más heridos que los de él porque habíamos trabajado reemplazando a los perros. Long Jeff juró que moriría antes de reanudar la marcha. Entonces Passuk tomó su abrigo de piel y yo una cacerola y un hacha, y quedamos listos para partir.

Pero ella miró la porción de hombre y dijo: «Es una lesera gastar comida en una guagua. Sería mejor que muriera». Yo moví la cabeza y le dije que no, porque el compañero de una vez debe ser siempre un compañero. Entonces ella habló de los compañeros de Forty Mile; eran muchos y buenos hombres, y esperaban que por mí tendrían comida en la primavera. Pero cuando yo insistí en mi idea, ella me arrebató ligero la pistola de mi cinturón y, como nuestro hermano Bettles ha dicho, Long Jeff se fué al Seno de Abraham antes de tiempo. Yo reconvine a Passuk por esto, pero ella no se mostró muy triste. Y en mi corazón yo sabía que había hecho bien».

Sitka Charley guardó silencio y arrojó pedazos de hielo en la olla que estaba en la estufa. Los hombres permanecieron callados.

Y día a día nos encontrábamos con los fantasmas durmiendo

y aumentaban nuestros deseos de llegar a Salt Water, porque sabíamos que íbamos a tener una gran alegría. Entonces llegamos donde el indio, que estaba como otro fantasma, con la cara vuelta hacia Pelly. No le habían pegado, como dijeron, el hombre y el niño, y no tenía harina para tres días. Cada día hervía pedazos de su delantal de cuero y se los comía. Ya casi no le quedaba delantal. Era un indio de la costa y me contó estas cosas por intermedio de Passuk que hablaba su idioma. Era un extranjero en Yukon y no sabía el camino, pero su intención era llegar a Pelly.

«No pidió comida porque vió que apenas teníamos para nosotros. Passuk miró al hombre, vacilando azorada como una paloma cuando sus pichones se encuentran en peligro. Entonces me volví a ella y le dije: «A este hombre lo han tratado mal. ¿Le daré de nuestra comida una porción?» Vi sus ojos iluminados de placer, pero miró largamente al hombre y a mí, apretó su boca y dijo: «No; Salt Water está muy distante y la muerte puede venir y es preferible que se lleve al extraño y me deje a mi Charley». Y el hombre siguió silencioso hacia Pelly. Esa noche ella lloró. Nunca la había visto llorar. No era a causa del humo del fuego, porque la leña estaba seca. Por eso me sorprendió su tristeza y pensé que su corazón de mujer se había ablandado con el cansancio y el dolor de la jornada.

«La vida es una cosa extraña. ¿Por qué esta ambición por vivir? Es una partida que no gana el hombre. Es duro vivir. Por dolor las guaguas dan su primer vagido, y por el dolor el viejo da su último estertor mientras va, con los brazos abiertos, hacia la muerte, debatiéndose y defendiéndose hasta el último. Y la muerte es bondadosa. Sólo la vida y las cosas de la vida son las que hieren. Sin embargo, amamos la vida y odiamos la muerte. Es extraño.

«Passuk y yo hablamos poco en los días que siguieron. En la noche nos acostábamos sobre la nieve como muertos, y en verdad todas las cosas estaban muertas. No había ardillas ni conejos; no hacía calor ni se oía ruido alguno: sólo se sentían el frío amargo y el silencio. Como dije, caminábamos como

muerdos, como en un sueño, y perdimos la noción del tiempo.

«Nuestra última comida llegó y habíamos dividido bien, mitad y mitad, Passuk y yo, pero ella caía a menudo y al cruzar el Caribou le fallaron las fuerzas. Y en la mañana nos acostamos bajo el único abrigo y no seguimos la marcha. Yo estaba decidido a permanecer ahí y a que la muerte me encontrara junto a Passuk, porque de repente me había convertido en hombre y conocía el amor de una mujer. Faltaban ochenta millas para Haines Mission y mucho más arriba del aserradero se veía el gran Chilcoot. Y Passuk me habló así:

— «Tú eres mi hombre, Charley, y yo he sido una buena mujer para ti y todos los días te he encendido el fuego, hecho tu comida y alimentado tus perros y levantado los remos y los palos para seguir el camino, sin quejarme, sin decir que hacía más calor en la cabaña de mi padre o que habría más comida en Chilcoot. Cuando tú has hablado, yo he escuchado. Cuando tú has ordenado, yo he obedecido. ¿No es así, Charley?

«Y yo dije:—En realidad, así es.

— «Cuando llegaste a Chilcoot—agregó—no me miraste, y me compraste como un hombre compra un perro, y me llevaste lejos. Mi corazón estaba resentido contigo, y lleno de amargura y temor. Pero de eso hace mucho tiempo. Tú fuiste bondadoso conmigo, Charley, como un buen hombre es bondadoso con su perro. Tu corazón estaba helado y no había ni un huequito para mí. Sin embargo me trataste mal, y tus actos fueron justos. Y yo estuve contigo cuando hiciste grandes cosas y grandes aventuras y te comparé con hombres de otras razas y te vi entre ellos lleno de honor, y tu palabra era sabia y tu lengua decía la verdad. Y poco a poco me puse orgullosa de ti, hasta que llegó el día en que tú llenaste mi corazón y todos mis pensamientos eran para ti. Tú fuiste como el sol en el rigor del verano, cuando se ve el cielo permanentemente rojo. Y donde yo miraba veía el sol. Pero tu corazón estaba siempre helado, y no había en él ni un rinconcito para mí.

«Le dije:—Fué así. Mi corazón estaba frío y no palpitaba por ti. Pero eso ya pasó. Ahora mi corazón se parece a la nieve

en primavera cuando el sol ha vuelto. Hay un gran deshielo, y está rendido. Me parece sentir un ruido de aguas que corren y creo que asoman los brotes verdes. Y hay arrullos de pichones y cantos de pelirrojos y música, porque el invierno pasó. Passuk, y conocí el amor de una mujer».

«Ella sonrió y se acercó a mí para que yo la tomara, y dijo: «Estoy contenta». Después de esto se quedó silenciosa por mucho rato, respirando suavemente, la cabeza apoyada en mi pecho. Después dijo muy bajo: «La jornada termina aquí y estoy cansada, pero me gustaría hablarte de otras cosas. Hace tiempo, cuando era pequeña, en Chilcoot, jugaba sola entre los fardos de cuero en la cabaña de mi padre, porque los hombres andaban de caza y las mujeres y los niños estaban guardando la cosecha. Era en primavera y estaba sola. Un gran oso café, recién despertado de su sueño invernal, hambriento, su pellejo colgante de flacura, asomó la cabeza por las tablas y dijo: «¡Uf!» Mi hermano llegó corriendo con el primer trineo de cosecha y peleó con el oso con palos encendidos que sacó del fuego, y los perros metidos en los arneses de los trineos y seguidos por éstos cayeron sobre el oso. Fué una gran batalla y hubo gran bulla. Rodaron por el fuego los fardos de cuero y se desparramaron, y la cabaña quedó toda desordenada. Al final el oso cayó muerto con los dedos de mi hermano en su hocico, después de haber dejado las marcas de sus garras en su cara. ¿Notaste que al indio que encontramos en el camino a Pelly le faltaban los dedos de la mano que calentó en el fuego? Era mi hermano. Y yo le dije que no había comida y se alejó silencioso sin comida.

«Este, mi hermano, era el amor de Passuk que murió en la nieve en el Caribou Crossing. Y Passuk prefirió a su hermano, este hombre que la hizo andar una larga y triste jornada para un fin tan amargo. Tomó mi mano y la colocó en un bolsillo que llevaba en la cintura y ahí supe el secreto de su debilidad. Día por día medíamos igual la comida; la mitad no más comía ella de su porción. La otra mitad la guardaba en su bolsillo. Y ella dijo: «Este es el final de la jornada para Passuk, pero

tu viaje debe seguir hasta el gran Chilcoot en Haines Missions en la costa. Y debes seguir con la luz de muchos soles en tierras desconocidas y aguas extrañas, y vas a estar lleno de grandes honores y glorias. Te va a conducir a cabañas de muchas mujeres y buenas mujeres, pero nunca hasta un amor tan grande como el de Passuk».

«Y yo sabía que la mujer decía la verdad. Pero una locura me invadió, tomé el bolsillo que me dió con la comida y lo arrojé lejos. Y juré que mi viaje había llegado a su fin, hasta que sus ojos se pusieron suaves con lágrimas, y ella dijo: «Entre los hombres Sitka Charley anda con honor y siempre ha sido su palabra verdadera. ¿Has olvidado ese honor y estás hablando vanas palabras? ¿No te acuerdas de los hombres de Forty Mile que te dieron lo mejor de su comida y lo mejor de sus perros? Siempre ha estado Passuk orgullosa de su hombre. Sigue no más; ponte tus zapatos de invierno y anda, que ella siempre guarda el orgullo que tiene de tí».

«Y cuando se enfrió en mis brazos me levanté y busqué otra vez el bolsillo con comida, me puse los zapatos y salí arrastrándome por el camino, porque había una debilidad en mis rodillas y mi cabeza estaba desvanecida y mis oídos zumbaban y mis ojos veían como fuego. Las carreteras de mi infancia volvieron a mi mente. Me sentí al lado de las ollas llenas de comida y me puse a cantar y a bailar con las entatreo de los hombres y de las mujeres. Y Passuk tomaba mi mano y caminaba a mi lado. Cuando me acostaba a dormir ella me despertaba. Cuando tambaleaba y me caía ella me levantaba. Cuando me perdía en la nieve profunda me conducía al camino.

Y así como un hombre privado de la razón que ve raras visiones y sus pensamientos están iluminados por el vino, llegué a Haines Missions por el mar».

Sitka Charley corrió las cortinas. Era medio día. Por el sur se estaba poniendo el sol, relumbraban los rayos. El aire era un reflejo de frío y de sol.